

ÉRASE UNA VEZ UN CRIMEN

AXAEL VELASQUEZ



MANGATA

Érase una vez un crimen

Axael Velasquez

ÉRASE
UNA VEZ
UN CRIMEN

AXAEL VELASQUEZ



Érase una vez un crimen

© 2021, Axael Velasquez

Dirección editorial: Juliana Del Pópolo

Edición: Lilibeth Acevedo

Corrección: Juliana Del Pópolo

Ilustraciones: Gonzalo Mendiverry

Diseño de cubierta e interior: H. Kramer

Colección Nefelibata

© de esta edición: Mangata Ediciones

www.mangataediciones.com

Primera edición: julio de 2021

ISBN: 978-9915-9315-6-2

Reservados todos los derechos.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

NOTA DE EDITOR

Si de algo teníamos seguridad cuando se forjaron las bases de Mangata era de que buscaríamos cómo darle lugar y voz a nuevos autores, cómo hacer que aquello que ellos tienen para contar llegue a los lectores y cuáles, de forma reflexiva y consciente, serían esos mensajes.

Con naturalidad, se trazaron tres caminos, se abrieron y le dieron forma a lo que veníamos pensando, ideando, proyectando. Sin dudar, se creó una identidad para cada uno de ellos, definiendo así nuestras colecciones. Como resultado, el proceso de selección es meticuloso y placentero a partes iguales; nos guía la pasión por la literatura y el poder darles a nuestros lectores obras de valor, un lugar donde refugiarse y al cual volver siempre, cada vez que lo necesiten.

Es así que con *Érase una vez un crimen* presentamos *Nefelibata*, nuestra colección de fantasía. Esta palabra viene del griego y es un adjetivo que se usa para describir a una persona soñadora, que vive en las nubes. Como bien explica su nombre, esta colección está pensada para las personas que usan a la fantasía como medio para sobrellevar la realidad. Para aquellos amantes del género, y también para todos aquellos que están a punto de descubrirlo.

Érase una vez un crimen tiene todo lo que *Nefelibata* busca representar: mundos soñados, historias inimaginables y personajes fantásticos. Estos relatos, con la forma única que tiene la autora para contar verdades, muestran una cara del mundo que, aunque ficticia, no podría sentirse más real. Es por eso que es ideal para presentar ante todos nuestros lectores y, por primera vez, esta nueva faceta de Mangata. Una faceta de muchas, pero muy importante para nuestra identidad como editorial, nuestra visión como agentes socioculturales y nuestro sentir como personas. Queremos usar la fantasía, todos los tipos de fantasía, no solo como medio de escape, sino como otra manera de retratar, criticar y sentir las verdades que nos rodean, las de los autores y las nuestras.

Equipo editorial,
Mangata

*Para Ana Claret Velasquez y Lucía Martínez.
Lo logramos.*

ÍNDICE

[Nota De Editor](#)

[Prólogo](#)

[Motivo Para Matar](#)

[Matar A Cenicienta](#)

[Las Máscaras De La Bestia](#)

[El Cadáver De La Sirenita](#)

[Agradecimientos](#)

PRÓLOGO

Las historias de crímenes me han intrigado desde que descubrí las aventuras de Sherlock Holmes y August Dupin en mi niñez.

Siempre me fascinó la oportunidad de ponerme el sombrero de detective y tratar de encontrar al culpable entre todos los rostros que me presentaban. No solía acertar, por supuesto, pero nunca me di por vencida, cada historia era una nueva oportunidad de resolver un misterio.

Por otro lado, mi infancia estuvo rodeada de mundos fantásticos, princesas, hadas y monstruos. Aquellas historias de Perrault, Hans Christian Andersen y los hermanos Grimm que leía con una linterna bajo la sábana, moldearon mis fantasías y mis pesadillas.

Axa reunió lo mejor de ambos mundos. Conocí su serie Érase una vez un crimen en la plataforma Wattpad, en la que ambas escribimos. Las increíbles portadas de sus historias llamaron mi atención y cuando leí las sinopsis supe que me encantarían. La premisa era fascinante: cuentos de hadas reinterpretados en historias de crímenes. Es bien sabido que nuestros cuentos favoritos tienen un origen oscuro que se ha endulzado a través de los siglos. Ella se inspiró en esas raíces sangrientas y le añadió el toque único que las caracteriza: misterios por resolver. Para mí, el concepto era refrescante y llamativo, así que guardé las historias en mi biblioteca de Wattpad para leerlas cuando tuviera ocasión.

Confirmé mis sospechas cuando leí El cadáver de la Sirenita. Empecé con este por su portada verde porque era lo que buscaba en ese momento para mi reto de lectura anual. La Sirenita siempre me había parecido un personaje insulso, ¿una sirena que deja su preciosa voz por un tonto príncipe? Bah, una ofensa a estas criaturas fascinantes. Pero Axa comienza diciéndonos que esa historia que nos contaron, es una mentira; esa fue la clave para decidirme a leerla.

Mi elección valió la pena. La narración me atrapó desde el comienzo, fue impresionante cómo ella tomó los detalles del cuento, los ambientó en un contexto moderno y le hizo justicia al personaje.

¿Y el final? Se salió de todas mis predicciones. Así se convirtió en una de mis autoras contemporáneas favoritas del género

Cuando lees alguna de estas historias, te sumerges en un mundo que crees conocer de memoria, pero que resulta tener esqueletos en el armario y secretos en cada esquina. El tono macabro, la lujosa narración, los giros de trama, las referencias ingeniosas, todo te mantendrá pasando hojas. Nada es lo que parece, cualquiera puede ser culpable y nadie está a salvo de la guadaña implacable de la autora.

Así que te sugiero que no te encariñes con ningún personaje, que no confíes, que no intentes resolver esto por tu cuenta, porque la respuesta siempre te sorprenderá, así esté a plena vista. Axa siempre estará un paso delante de ti.

Pero sé que no harás caso y eso mismo te conducirá a una obsesión enfermiza por la pluma de la autora.

No digas que no te lo advertí.

Paula Velásquez.

Escalofriada.

MOTIVO PARA MATAR



He vivido más tiempo del que relatan los mitos, he presenciado más crímenes de los que podría narrarles; a veces cuento la verdad a mi manera, pero nunca miento. Y, sobre todo, jamás hablo de mí, sino de la naturaleza de quienes me habitan.

Como la de Alicia Carrol, y la peste que habitaba el corazón de quien intentó dañarla.

Aquella noche, la primera que Alicia pasaba en quietud sin el martirio de sus pesadillas, la muerte durmió junto a ella.

Despertó y durante un rato parecía no comprenderlo. Ojos azules fue todo lo que vio al principio, sin expresión, sin un destino claro. El rostro daba la sensación de querer susurrarle un secreto; sin embargo, ¿cómo podría? Si la dueña de aquellos ojos, una pequeña sin vida, le sonreía de forma peculiar ya que los límites de su boca habían sido desgarrados por cortes que le alcanzaban el inicio de las orejas.

La presencia de la muerte se materializó, el temor y el desconcierto se le unieron pronto. La triada indeseada se deleitó al observar cómo Alicia afrontaba la situación sin que una sola sílaba saliera de su boca abierta. Apenas pudo emitir sonidos de agonía, a pesar de la necesidad de soltar los gritos que parecían asfixiarse en su garganta.

Y la niña seguía sin dejar de mirarla.

Como dije, dentro de mí se han cometido atrocidades innumerables, pero el misterio de Casa Uno siempre será de mis preferidos. Me interesé especialmente en observar cómo víctima y perpetrador se reunían casi sin reconocerse, camuflados bajo un mismo techo, ciegos por las máscaras que ellos mismos decidieron ponerse.

Por la puerta de la habitación ya se asomaba el resto de los inquilinos, algunos pensando que no podría haber peor desgracia o augurio del mal que lo que estaban presenciando. Qué falta de creatividad tan nefasta la de esas cabecitas; se limitaban a observar lo obvio y a escandalizarse sin profundizar. Lo alarmante de la situación no era aquel cuerpo sin vida, tampoco que hubiese pasado toda la noche tendido junto a la dueña del cuarto, sino que, con toda la intención de algún autor minucioso, la niña se parecía a ella.

Mi nombre es Larem. La luz que iluminaba mis calles y los hogares dentro de ellas, se fue un día jueves para nunca regresar. Dejó en su ausencia una lluvia perpetua que solo varía en su intensidad, la constancia con la que las gotas descienden y la potencia con la que los truenos hacen estremecer los cimientos que me edifican.

Las pertenencias de los laremses, desde entonces, suelen permanecer llenas de moho, las pinturas de las paredes se caen a pedazos y todos los muebles de madera se pudrieron en los primeros meses. Por lo que, a pesar de que me denominan como un pueblo tranquilo, mi interior está hecho de sombras, un cielo con distintas escalas de grises y podredumbre donde debe haber vida; en eso, nunca fui distinto a los humanos.

Cuando el crimen en Casa Uno se descubrió, el señor Thomas Conejo acudió en persona a la comisaría local para denunciarlo por falta de un mejor medio de comunicación. Los procedimientos de investigación sobre la escena del crimen fueron perpetrados bajo la llama de una vela, que titilaba a punto de consumirse, y un grupo de rayos blancuecinos provenientes de las linternas policiales. Todas las circunstancias eran, como mínimo, desconcertantes. A la víctima le habían teñido el cabello de rubio y el azul de sus ojos era efecto de lentes de contacto, muchos se preguntaban la razón de hacerla pasar por ese proceso, algunos señalaron la obviedad de que, con esos cambios, la víctima tenía un parecido con la mujer que había dormido junto a ella.

La niña encontrada había desaparecido de la ciudad aledaña a mi terreno, hacía día y medio, y ninguno de los que habitaban en Casa Uno tenían siquiera un mínimo detalle que los vinculara a la pequeña o a su familia. Pero ahí estaba su cuerpo, con la boca destrozada y su físico lleno de retoques, impregnando de susurros de caos la casa más tranquila de un pueblo que siempre había sido reconocido por su idílica paz.

Se decía de mí que solo alojaba buenas familias, que mis habitantes serían incapaces de cometer un robo, alguna indecencia, nada que

podiera ser noticia hasta los acontecimientos relacionados con la luz y la lluvia. Ese era el motivo por el que un escándalo como el que nació en la cama de Alicia tuvo tanto impacto.

Según lo especificaba el forense, la hora de muerte estaba entre las once y la medianoche, por lo que todos los miembros de la casa debían haber estado dentro cuando sucedió. Cualquiera podría haber sido acusado si se hubiese encontrado algo además de tres únicas irregularidades en la escena: un cigarro aplastado, el trozo de una prenda de vestir amarilla y un sombrero.

El sombrero.

Todos en la casa tenían algo que decir referente al sombrero. Algunos alegaban que no era de importancia. ¿Qué podría significar un sombrero al lado del cuerpo de una pequeña asesinada? Era ilógico siquiera pararse a pensar en él. Otros pensaban que el asesino debió haberlo dejado por equivocación, que sería crucial para el caso y que la policía hacía mal su trabajo al no haber conseguido nada incriminatorio en el mismo.

Pero Alicia iba más allá, más allá incluso del mundo que compartíamos. Ella hablaba de sus sueños, un lugar al que recurría para ser torturada. Cada madrugada despertaba, con la respiración entrecortada, a levantar al señor Conejo para que fuese a buscar un oficial. Al cabo de un tiempo, dejaron de acudir a sus llamados, siempre era lo mismo: ella juraba que el sombrero se le aparecía en sueños con una boca amplia, llena de colmillos, y se reía de forma burlona. A veces incluso se la tragaba.

Para ella, el sombrero lo era todo; para los demás, ella estaba loca.

Hasta que otro sombrero apareció.

Si me permitieran interferir un poco más de lo usual, anteponiendo mis gustos personales a los hechos objetivos de este relato, les confieso que esta es mi parte favorita, el momento en el que se involucra uno de los dúos más peculiares que me han habitado.

El oficial Twedledee había sido el encargado de abrir la oficina esa

mañana. La niebla se había apoderado de los sillones y, por la ventana que había quedado abierta, entraba brisa que traía consigo gotas que tatuaba en toda superficie que se le atravesaba. Twedledee se agachó para buscar en los cajones algo para encender la chimenea, solo podía tantear ya que apenas si lograba colarse algo de luz de mi cielo tapizado de nubes hacia el interior del despacho.

Se sintió nervioso de repente. El escritorio acaparaba todo su campo visual, pero casi estaba seguro de haber sentido que algo rozó la alfombra húmeda y no habían sido sus pies. Incluso creyó que su respiración no era la única en el lugar. Quiso disimular su temor, pero le temblaban las manos y trataba de no moverse para no hacer ningún sonido. Eso lo hizo sentir estúpido y cobarde, así que, decidiendo que no había nada que temer, cambió su actitud.

Dejó los cajones y se levantó para entender qué estaba sucediendo, pero lo que vio lo hizo dar un brinco hacia atrás y caer sobre el archivador con el corazón en un puño. Entre las tinieblas frente a él, envuelta por una capa de neblina espesa, se distinguía la figura de un hombre de saco y con un sombrero alto de un verde desteñido y lazo tan sucio como extravagante.

—¡Hey! —El hombre se quitó el sombrero y corrió a ayudarlo apenas lo vio caer. Era la voz de Twedledum, su panzón hermano gemelo—. ¿Qué te pasó? Parece que hubieses visto un espectro.

Twedledee lo empujó y se terminó de levantar por su cuenta.

—Es ese sombrero que traías, estúpido. Me ha parecido idéntico al que conseguimos en el caso de la niña en Casa Uno.

—¿Me estás diciendo que ese sombrero no lo has traído tú? —inquirió su gemelo.

—¿Me estás diciendo, que lo que me tratas de decir es, que no lo has traído tú tampoco?

—Por supuesto que te estoy diciendo que, lo que te trato de decir es que, no lo he traído yo. Lo encontré en tu escritorio.

Y así, el silencio se acomodó entre los gemelos. La niebla parecía más densa, la oscuridad más impenetrable y, entonces, ambos compartieron la misma sensación de que algo no estaba bien, de que no estaban solos. Ellos no lo sabían, pero yo no era el único observando desde mi omnipresencia.

Nunca debieron dejar la ventana abierta.

Habían conseguido encender una vela que disipara un poco de aquella niebla, la chimenea había dejado de tener importancia, el sombrero acaparaba toda la atención.

—Tal vez es una pista —le decía el oficial Twedledee a su hermano gemelo mientras ambos decidían qué hacer con esa aparición.

—Tal vez es una pista de que no tenemos una pista —refutó el otro.

—O tal vez es una pista de que no tenemos una pista porque no le hemos prestado atención a las pistas que tenemos.

Cuando el sombrero fue revisado por los profesionales, se descubrió una etiqueta que no tenía instrucciones de lavado, ni señalaba ninguna marca, las únicas palabras que contenía eran «Cierra la boca».

Al darse a conocer la noticia del segundo sombrero, al autor del crimen se le otorgó el título de Sombrero loco. Alicia estaba obsesionada con él. Les decía a todos que le hablaba en sueños, que le cantaba, que se reía de ella.

Una mañana después de otra de sus pesadillas, se levantó sobresaltada y empezó a caminar hacia atrás en su habitación, como si su cama fuese un monstruo del que necesitara huir. La pared debió haberla detenido, mas no había una de ese lado, sino un espejo que se curvó ante el peso de su cuerpo, ondeando como el agua de un lago, y la hizo caer al otro lado donde un vacío penumbroso aguardaba por ella.

—Mierda —musitó al comprender que, otra vez, había caído sentada dentro del espejo con los talones atrapados del otro lado. Quien se asomara desde su habitación solo vería sus pies sobresaliendo del cristal, el resto de ella estaría proyectado como un reflejo.

Procedió a golpear el panel transparente, ya solidificado, por el que acababa de caer. Sabía que nadie podría oírla si gritaba, pero alguno sentiría la vibración en las paredes y acudiría al rescate. En efecto, el señor Thomas Conejo pronto respondió al llamado, ya acostumbrado a aquella torpeza por parte de su empleadora.

Metió las manos a través del cristal que se fundió al contacto como

cascada abriéndose cuando una roca la atraviesa. Así, el señor Conejo alcanzó los brazos de la Alicia medio tumbada en la penumbra, la levantó y consiguió llevarla de vuelta junto a sus pies en la habitación. Cuando ya no hubo ningún miembro humano al otro lado del espejo, este volvió a su apariencia diaria y a su propósito inicial.

—Se ha vuelto a caer al espejo, señorita, debería tener más cuidado —señaló el señor Conejo a pesar de la obviedad.

—Tuve otra pesadilla —explicó Alicia—. Lo vi, señor Conejo. Sus sombreros son verdes, sus ropajes de colores... Me habla, señor Conejo, se ríe de mí.

—Se-señorita Alicia, cálmese. Eso no es verdad. El sombrerero está mu-muy lejos de aquí —respondió el señor Thomas Conejo repitiendo los rumores que corrían.

—Le digo que me habla, me habla... Ese mensaje de la etiqueta del sombrero... no es verdad. Él quiere decirme otra cosa.

—¿A ti? —interrumpió la señora Reina Rojas, quien volvía de la cocina y se asomaba al interior de la alcoba donde la pareja charlaba—. Qué egocentrismo el tuyo, muchachita. El Sombrerero dijo lo que tenía que decir y el mensaje era para la policía, no para ti.

—Les digo que el mensaje no es ese.

—¿Y por qué dejaría el Sombrerero...?

—N-no... no lo mencionen mucho a ese...

Un relámpago quebró la voz del señor Conejo a media oración, proclamándose como el único con derecho a ser escuchado. Reina hizo como si nada raro hubiese ocurrido pese a que, con toda evidencia, el pulso que se medía en las venas de su cuello se había acelerado y su peluca rojiza se había movido de lugar.

—No seas ridículo, Conejo, voy a nombrar a ese Sombrerero cuantas veces me dé la gana. Y repito, ¿por qué dejaría ese bicho asesino el mensaje equivocado a la policía?

—¿No es obvio? —Alicia se acurrucó al final de un sillón remendado y cubierto por costras de moho. Su favorito—. Para despistar.

Esa noche nadie pudo dormir hasta el amanecer, ni siquiera yo. No con Alicia pegando gritos de histeria en medio de la madrugada con

la voz entre el llanto y la desesperación, llamándolos a cada uno por su nombre. Solo tres de los miembros de Casa Uno acudieron a su pedido de auxilio. Y ninguno podía creer lo que tenía que decirles.

—El Sombrerero loco estuvo en mi habitación.

Se podía escuchar con toda claridad la respiración de cada uno de los presentes luego de aquellas palabras.

—¿Cómo va a ser?! —preguntó su mejor amiga, Liebre.

—¿Esta-tá... se-segura, señorita Alicia?

—¡Sí, lo estoy! Y me habló. Me dio el mensaje correcto.

—A ver, muchachita —intervino Reina Rojas—, cuéntanos, ¿qué crees que te dijo?

—Me decía... Me decía... «Alicia, Alicia... ¿de quién es el cadáver que he dejado en tu cama y por qué lo he puesto ahí?».

Pocos sabían qué opción tomar, si creerle o desechar sus delirios y tacharla de loca. Aunque me gustaría aclarar el camino para ustedes, no me conviene desvelar finales antes de tiempo. Solo les puedo adelantar un detalle: el culpable sí le apareció a Alicia esa noche, y tal vez le dijo cosas peores de las que ella se atrevió a confesar.

Con el pasar de los días, ya empezaba a aburrirme de la lentitud de la humanidad para resolver interrogantes que, desde mi perspectiva, suelen ser obvias. La policía tenía cada vez menos información del Sombrerero loco, las pistas habían escaseado y las pocas que tenían no esclarecían nada. Ni el cigarro, ni el pedazo de tela amarilla, ni los dos sombreros. La única conclusión a la que habían llegado era que el asesino no podía tratarse de alguien de Casa Uno, todos carecían de un factor crucial: motivo.

Un criminal podrá no tener el lugar ni el momento, pero siempre tendrá un motivo.

En los alrededores se hablaba mucho del caso, era la única noticia para degustar junto a una taza de hierbas calientes en medio de las lluvias que cada vez parecían estar más a gusto y con menos ganas de irse.

Liebre me parecía una de las chicas más joviales de entre todos los laremses. A pesar de sus veintiséis años de edad, tenía una estatura minúscula que contribuía a que sus manos y piernas se vieran más gruesas de lo que eran, con una melena de rizos castaños que plagiaba la imagen de las hojas secas de las montañas en otoño, además de sus ojos saltones como un roedor de mirada persuasiva, y un carisma enloquecedor que compensaba todo lo que la sociedad denominaba como desagradable de su físico. Sin embargo, de un tiempo a otro dejó de ser lo que la definía, para convertirse en la mejor amiga de Alicia. Algunos la definirían como leal, mas, desde mi punto de vista, es válido llamarla insegura. Veía en Alicia un potencial que ella nunca podría alcanzar: con mejor dicción, la número uno en su clase de artes escénicas, más agradable sin pretenderlo, pero, sobre todas esas cosas, envidiaba de Alicia su autonomía.

Por eso había decidido empaparse de ella.

Ese era el motivo por el que se había mudado a Casa Uno a tan solo una semana de haber conocido a Alicia, llevándose consigo a su madre: Reina Rojas.

Nunca se había arrepentido tanto en su vida.

—No van a aceptarte en ninguna academia con un mínimo de prestigio después de esto. Lo sabes, ¿verdad? —la regañaba su madre. Incluso bajo la escasa luz de las velas, el rostro de Reina Rojas se veía casi tan encendido como su rojiza melena a pesar del pálido maquillaje que solía usar—. ¿Estás segura... segurísima... de que tú no tienes nada de nada que ver en esto? —Liebre rodó los ojos por quinta vez en lo que iba de conversación—. Porque si es así tienes que cuidarte, ser muy precavida, muy precavida... mira que quien le hace algo a Alicia no sale airoso jamás.

—Má, no entiendo, ¿por qué estás tan convencida de que el crimen es una especie de ofensa directa hacia ella?

En ese momento se hizo audible el retumbar de unos pasos que se aproximaban a la habitación, así que Reina se vio obligada a agarrar a su hija por el hombro y susurrarle al oído las siguientes palabras:

—No repitas nada de esta conversación.

En la penumbra de la sala de Casa Uno se encontraba Cheshire, el encantador compañero de negocios de Alicia, cuya sonrisa constante iba del extremo de una oreja a la otra y le iluminaba sus ojos gatunos. Junto a él, estaban Alicia y el señor Thomas Conejo, tomando cada uno media taza de café cuyo contenido no se derramaba a pesar de que, en apariencia, eran utensilios rotos e inservibles que dejaban el líquido negro y humeante a la vista.

La oscuridad, fuera de las paredes que los resguardaban, era impenetrable, esa noche la luna había decidido abandonarnos mientras la lluvia derramaba su furia sobre todo lo que llevaba mi nombre. Solo los relámpagos le daban algo de ayuda a la pobre luz de las lámparas de aceite, pero se lo cobraban con creces a los sensibles nervios del señor Conejo creando sombras deformes en las paredes.

Justo entonces, otro trueno reclamó atención al proyectar un monstruo entre los cuadros blancos y negros del suelo, diseñados como un tablero de ajedrez, que entre la penumbra parecía retorcerse dando la impresión de que la sala tenía una movilidad abstracta.

—M-me-me voy —dijo Conejo luego de dar un respingo—. Es tarde ya para hacer la cena.

—Ya usted es como mi familia, señor Conejo, puede quedarse un rato más.

Alicia le sonrió sin ganas con sus resecos labios llenos de costras que delataban todas las veces que habían sangrado. A los demás les parecía que la joven pasaba más tiempo en su mundo de pesadillas que anclada al que compartía con los otros inquilinos.

—No, no, no. Me voy, me voy, es tarde ya. Si no me marchó, la señora Reina me cortará la cabeza.

Alicia le concedió el permiso para retirarse a lo que este obedeció sin más formalidades. Cuando fue tragado por la espesa oscuridad del pasillo, Cheshire aprovechó la privacidad para tocar esos temas delicados que no podía expresar en su presencia.

No era un misterio para nadie que el joven y encantador Cheshire,

cuyo atractivo era innegable, sentía una profunda fascinación por Alicia. Su rostro no expresaba otra cosa que una plena preocupación por ella, como profesor que ve a un alumno bajar el rendimiento académico y, quizá, de una forma un poco más personal. Sin embargo, Alicia siempre había sido evasiva, cortante y nunca dejó crecer esa fantasía de que habría algo más que una relación laboral. Lo que el resto de las personas no entendían era la razón de hacerlo vivir con ella cuando su posición de distancia entre ambos era tan firme y él tenía pareja. Por otro lado, nadie en lo absoluto se creía el papel de devoción que representaba Cheshire cuando su esposa estaba cerca.

—¿Te encuentras...?

—Creo que alguien quiere asesinarme —declaró la dueña de Casa Uno antes de que Cheshire pudiese concluir su pregunta.

—No seas irracional, Lizzie. Esto no tiene nada que ver contigo.

El hombre se acercó al húmedo sofá en donde Alicia reposaba e intentó acariciar su hombro de forma apaciguadora. La chica se apartó de inmediato y levantó los brazos con histeria.

—No, te equivocas, tiene mucho que ver. ¡La niña se parecía a mí! Y fue intencional. El cabello rubio era teñido, los ojos azules eran falsos y...

—Son puras coincidencias, tienes que pensar en frío.

—¡No lo son! La nota del Sombrerero a la policía... ¿Y si no era falsa? ¿Y si quiere cerrarme la boca? Es alguien de aquí, alguien tan inteligente que supo despistar a la policía dejando la amenaza implícita, tan discreta que no la vieron porque ellos se van a concentrar en buscar al culpable lejos de Larem. Y él quiere que yo lo descubra, me está retando.

Alicia se acercó a una ventana y pegó su mano para sentir el sudor de la lluvia correr por ella. Afuera no se distinguía ni una sombra, todo estaba tan oscuro como el misterio al que se enfrentaban.

—¿No lo entiendes, Cheshire? Metí al Sombrerero a mi casa sin darme cuenta. Ya le hizo daño a una niña, prueba irrefutable de la maldad que lo caracteriza. Y yo soy la siguiente.